

Jorge Enrique Adoum

Relato del extranjero

Había estado solo y, por miedo
o para que no se le corrompiera
la voz, comenzó a cantar.

Entonces

recordó a los demás, buscó
los rostros, las manos de los otros
para entregarles el delgado
tesoro de su canto.

"Habla

otro idioma" dijo el académico,
tal vez por ese dialecto
de extranjera ternura.

"Es un extraño, dijo acechándolo
el policía, seguramente un enemigo".

Pero él quería amar la compañía
de los hombres: anduvo por las calles
saludando, entró a los negocios,
averiguó en las cocinas la exacta
cantidad de hambre y de comida
y halló en los camastros manchas
de pasajero amor y pobreza duradera.

Un día presintió a la mujer que podía
tomar, dormida sobre el suelo
donde tanto había sollozado
de soledad y soltería: y le besó
los párpados, el sexo, su destino.

La llevó junto al río y lavaba
sus pies y le ceñía de hojas
y de hierbas olorosas la cadera.

Y cuando compartieron la noche,
el sueño, su hambre, el día,
recordó palabras para el canto,
porque hubo heridas que olvidaba
por la tierna solidaridad de animal
que ella le ofrecía. Así empezó
a cantar sobre los otros, sobre
la heroica duración de cada hijo
pero no tenían tiempo: hablaban
de números y cuentas de comercio.

"¿Es acaso un poeta?" preguntaba
el boticario. Los otros sonreían
y apretaban en su puño una baraja
de odio y de blasfemia. Un notario
le arrojó una sorda pedrada

mientras él contemplaba un álamo.
Y todos observaban por la cerradura
cómo llenaba de notas su cuaderno,
cuándo se desvestía, a qué hora
podía sonreír o en qué lumbre pequeñita
calentaba su pan o su agua amarga.

"Se esconde o anda con los sembradores,
no nos busca a nosotros,
dice que no tiene más monedas
que las que ganó cuando velaba
entre un ataúd y una botica."
El habría querido partir, sobrellevar
su pobre duración en otro sitio
donde no le golpearan, encerrarse
en una alcoba donde nadie mirara
su transcurso y hasta quería llorar
a veces. Pero ése era su sitio
de canto y de combate y él amaba
su país por lo que era y lo que adivinaba,
y cada sílaba dulce de su tierra,
y cada brizna de viento o de sonido,
y allí quería amar la paz y la ternura.
Y no partió, pero lloraba a veces.

Junto al agua, la soledad, el llanto
de la mujer y la destrucción sucesiva
de la ola con su gota de sal, "Es el mar,
le dijo cuando la amaba, son sus manos
golpeando cuerpos como si fueran
manos de hombre, y los anillos
del yodo, y el sueño de las bestias."
Pero apareció el bañista y pasó
junto a ellos enseñándole los dientes
y un cuchillo. "No podéis matarme"
dijo él. "Mátame, mátame de nuevo
pero te seguiré mi canto." Y ella
le entregó un caracol para que oyera.

Ya en la noche, lastimado y húmedo,
corrió a la taberna de la aldea.
"Nunca os acostumbrareis a mi ternura,
a esta vocación de amar los seres
y los días, a esta ira sagrada
contra la violencia y el rencor.
Nunca podéis perdonarme que ignore
vuestras costumbres de cansancio
y adulterio y os azota
mi palabra de verdad, siempre
la misma, como os cansa mi traje

y este amor igual para los pobres."
Y los otros querían que muriera
de su propio canto, como de un toro
furioso o un cuchillo verdadero.
"Así es, dijo, me duele, me golpea,
me derriba cada día, pero sigo."

Cuando salió, la plaza estaba llena
de humanidad y decisiones. Le abrazaron
los mendigos mirándolo con un solo
ojo, los marineros le entregaron
un pez de dorada escama y el herrero
encendió para él un cigarrillo.
Sintió un beso de mujer desconocida
sobre la herida de la frente y oyó
la voz hilada de la tejedora. Solo allí
comprendió que nunca había estado solo.

Le dijeron: "No mueras más,
has muerto tanto."
"A veces, dijo.
Pero voy a vivir. Os amo."

Y empezó a decir otras cosas, de otro
modo como si fuera su primera
voz. Más llena de multitud
y fuerza y transparencia. Y no quiso
partir, porque ya no lloraba.

Otra vez el verano

El verano pone su color tranquilo
sobre todas las cosas y las hojas;
de nuevo alborota el viento
a las muchachas, cierra
los cuadernos y junta la tarde
perezosa a las naranjas.
Arena de luz la playa, tranquilo
el mar, en paz el ave, solo el polvo
arrastra su camisa a otro lugar.
Hoy ha crecido el trigo mucho,
está la sementera en mediodía:
doble lámpara de sol y cereal.

Hoy pude ser feliz: pude tenderme
a contemplar la página del cielo,
pude oír removerse a las raíces
discutiendo con el suelo su estatura,
pude hablar con la brisa, haber
entrado al mar que me rodea

como una cintura, de qué buena
gana me habría sometido
al gobierno del ocio y sus racimos.

Pero estuve ocupado, no tengo
tiempo porque sufro: el mundo
nos preocupa: están matando todavía
al infeliz, aún le rompen
su arado al triste campesino,
aún carbonizaron en la silla
a los callados mártires sin culpa,
de qué nos sirven el tabaco
y la luna serena del estío
si nos quitaron, como siempre, el trigo.

Para qué tanto sol, tanta abundancia
torrencial, toda la vida planetaria,
si nos golpea la injusta
repartición, si la muerte
baja del cielo a los extremos
de la tierra, si la pobreza
me aleja de las flores y la fiesta,
si me obliga a estudiar
cada día mis zapatos.

Nada es nuestro todavía, aquí
todo es ajeno como en una posada
y nos roban la luz en la boca
de la mina, y la placidez de junio
con su dulce cosecha que se va
en las bodegas, y hasta la alegría
de tenderme junto a ti escuchando
la sangre, como en una guitarra,
cantar bajo mi mano en tu cadera.

Sé que a pesar de todo este día
volverá con su límpida hermosura,
su vegetal en apogeo, su hora
de sopor y de ternura. Volverá
la estación con su signo de cobre,
cuando seamos dueños de la vida
y la tierra, cuando el agua
nos traiga noticias y saludos
del hermano. Y nos veremos
el próximo verano, en mitad
de un año circundado de uvas
y de avena. Déjame, entonces,
tocarte en el día desnudo, déjame
hablarte en una ola del viento,
déjame marcar en el corazón el sitio

del encuentro en que nos hallarán
cantando, pero no me dejes recordar entonces
que aún hemos sufrido este verano.

No podrán atarnos

"No podreis atarnos: os faltará cordel"
De una proclama de Kanek

Rumiñahui -rostro de piedra y patria-,
cuando vio al conquistador en su caballo
errante, gritó desde la altura: El suelo
es nuestro, no se cambia por espejos
o cruces o abalorios, no hay ciudad
ni mujer para el extraño ni dorada
joyería para el rey. Y el español,
atándole las manos, quemándole
los pies que habían ya trazado
el único camino que conozco, decía:
Ahí va el agitador, recibe órdenes
contra nosotros. Y Rumiñahui respondía:
Mi tribu es grande, no podreis
atarnos. Os faltará cordel.

(El héroe aún está en la montaña
confundido con la tierra y su heroico
poblador. Cada día estuvo allí
hablándonos, creciendo con nosotros,
dictándonos a grandes voces el destino.)

Y cuando otra vez llega el extraño
e invade la bodega de la patria y sus asuntos,
e impone pactos de guerrero que no soy
y no quiero, y edictos de tierra conquistada
que negamos, me tiemblan en la boca
las antiguas palabras -sangre, sonido,
arcilla-: La patria es nuestra
todavía, no está en venta su volcánico
archipiélago, no hay ni mineral
ni hombre que ayude a la violencia.

Y el norteamericano me señala,
me incluye en su lista de áspera
venganza (como un aro me circundan
sus leyes) y dice: Miradle, también
éste recibe órdenes contra nosotros.
Y Rumiñahui, desde la cumbre, sigue
repetiendo: No podreis atarnos.
Mi tribu creció a pueblo innumerable

y libre, y os faltará cordel, siempre
os faltará mucho cordel.

Historia

Al comienzo, la patria
fue una gran página en blanco:
la arena, el mar, la superficie,
la sombra verde, la tinta
con que manchó el invierno la sabana.
Pero de pronto, sin que nada
pudiera detenerlo, hay un hombre
conduciendo a su familia por los márgenes,
entra, cae y escala hasta el renglón
ecuatorial buscando vida.
Yo vengo desde allí: desayuné con ellos
en la primera mañana de mi pueblo,
construimos sembríos contra el hambre,
un río de cereal llevamos a la harina
y supimos las leyes del agua y de la luna.

De la segunda página hasta hoy día
no hay sino violencia. Desde
el segundo día no hubo día
en que no nos robaran la casa
y el maíz y ocuparan la tierra
que amé como a una isla de ternura.

Pero mañana (mucho antes
de lo que habíamos pensado)
echaré al invasor y llamaré a mi hermano
e iremos juntos hasta la geografía
-el dulce arroz, la recua del petróleo-
y le diré: Señora, buenos días,
aquí estamos después de tantos siglos
a cobrar juntas todas las gavillas,
a contar si están justos los quilates
y a saber cuánta tierra nos queda todavía.

Una naranja para Juan José

-/-

Ayer, 20 de agosto, por la tarde,
"el indígena Juan José Chicaiza
quiso tomar una naranja que cayó
de un camión; Pedro César Ayala
le dio un puntapié que le quitó la vida."
Lo dice *El Sol* esta mañana y he leído
la sangre cuatro veces, y he mirado

sin urgencia la sedienta dentadura
de donde habrá salido el alarido
y, sobre el pecho del cadáver, la naranja.

Este hombre era igual a sí mismo
y a nosotros: por su historia
agrícola, por su amorosa entrega
de esposo a la ancha cadera de la tierra.
En otro tiempo la lechuga le desdobló
sus páginas, le obedeció el maíz ,
fue el verdadero padre de la hierba.
Y cuando el suelo, ajeno después de la violencia,
echaba a luz un vendaval de trigo,
Juan José siguió amando las raíces,
preguntándoles la razón de su silencio,
hacía sombra para la hierbabuena,
humedad para el musgo, y combatía
a las tribus errantes del granizo.

-//-

Juan José, ya viudo de tierra,
bajó con solo la ciencia herida
de sus manos. El hizo la ciudad
día por día, añadiéndole un hueso
a cada piedra, un brazo a la columna,
dándole un hijo para la estrella
de la plaza o una noche hurtada
a su mujer en vela.
Así fue sembrador
y constructor a un tiempo, pastor
de acueductos y sembríos, arriero
de recuas y de estrellas. Lo anunciaban,
desde lejos, un olor a tapial, un goterón
sobre la sed abierta del templo y del ladrillo,
una mancha de hoja intacta sobre el pecho.

Ya no tenía sino hebras de canción
y de venado: tierra y muro, agua
y dialecto (la triste geografía de otra
época enterrada bajo el álamo), no eran
sino países que le pertenecieron
y que necesitaba. También la luna
le hizo falta: la ajena, la inaccesible
luna de la naranja que él había encendido
como un astro verde para el mediodía, llena
de sus señales personales, desde el manto
cumplido de la cáscara, hasta la garra
remota de la espina.
Pero lo han matado

con una coz de odio desbocado,
sin darle tiempo a que pudiera
preguntar un nombre, buscarse un número
en los bolsillos, decir que agosto
está de nuevo entre nosotros,
y el puntapié rebota de hombre
en hombre y nos está goteando
-golpe y eco, coz y ácido-
en mitad de pueblo y territorio.

-///-

Este hombre solía caminar sobre su tierra
suya y ni el aire ponía más distancia
entre su pie y el suelo. Solía contar,
una por una, las naranjas que pisoteó
el ganado, las que la hartura abandonó
a su olvido, una por una las que arrojaron
a las telas abiertas del océano, una
por una las que -sobrándonos- nos faltaban
en la rabiosa tarde del estío.

Puedo escucharlo, doblarme con su vientre
sacudido, oír el puntapié, su sed
de cuero me seca el fondo del corazón,
me recuerda sucesos repetidos, maldición:
así murió Manuel cuando cogía
su tembloroso arroz desde las aguas,
y así Jacinto cuando en la mano opaca
pesó la eternidad de su petróleo,
y así han matado a Luis, Ramón, Emilio
porque en los puños recobraban
un terrón de su terreno en territorio propio.

Juan José ¿preguntas todavía de quién
era ese fruto? ¿De quién es la ciudad sino
del que la engendra con su arena y sufre
como tú su hambre y su gobierno? ¿Hasta cuándo
estaremos recogiendo lo nuestro desde
el suelo? ¿Hasta cuándo estarán caídos
el pan con nuestras iniciales y el arma
con que enterraron al abuelo?

Y nadie

vio tu esperanza en tu cocina o en el día
siguiente, nadie pregunta la hora de la tarde
ni advierte tu paz pegada al paladar
desde hace siglos, desde cuando construyes
sin mirar el disturbio, siembras muriendo
con toda tu familia, retomas la cáscara
y aún la besas, aún haces las cosas,

aún haces los lugares pronunciando
tu oficio como un nuevo apellido.

-/V-

Juan José, también eres la patria
que nos trizan a coces. Un día, mejor
que cuando establecías tu raza de dulzura,
bajo los pies tendremos la ciudad
y la siembra, esa zona amorosa de provincia
que apretabas temblando junto al alba.
No sé cuál es tu hueso ahora, en qué sitio
de cementerio hostil me oyes buscar
tus dientes y hablar al azar a tantos
parientes míos, en la gran fosa tribal
hay manos que recuerdo, y hago señas
a una rodilla familiar, a un fémur
conocido, y a ti o a otro o a cualquier
cuerpo le digo: Pasen la voz, díganle
a Juan José, díselo tú a ellos cada día,
a Pedro César que aún lo ignora, avísanos
de nuevo que esta naranja es tuya,
que son tuyas todas las naranjas de la tierra.
(Hoy, al partirla, vi tu camisa
goteando en paz tu sangre y tu fortuna,
cuando toqué sus gajos, te estaba
abriendo, hasta llorar, los párpados.)
Verás qué hermosa puede ser la patria
restituida al humilde en su combate:
una patria llena de amor y de naranjas.
Volveremos al sitio donde el odio
descargó su furor contra tu sed plural
y antigua. Volveremos, como resaca
que la ciudad echó con su vaciante,
y he de cantar tu nombre, te he de decir
terrestre, territorio, desterrado.
Y apenas me pregunto cuántos puntapiés,
como días de plazo, nos separan.
Los hermanos
te piensan y lo saben.
Te han enviado,
como ofrenda frutal y contraseña, tu naranja.